

EL ENTREACTO.

Suplemento extraordinario del Miércoles 2 de octubre de 1859.

TEATRO DEL PRINCIPE.

LA BERLINA DEL EMIGRADO.

Eran los terribles y sangrientos días en que Robespierre oprimía a la Francia. El marques de Savigny, uno de los pocos nobles que habían conseguido salvarse de la persecución y de la guillotina, vivía retirado en su palacio y en la misma ciudad de París, sin tener la entereza suficiente para resolverse á abandonar su patria en aquellos días de desolación y esterminio. Había sido partidario de la reina Maria Antonia y comandante del regimiento de dragones del rey, circunstancias ambas que además de su calidad de noble debieran hacerle temblar; pero ora fuese por su amor al suelo natal, ora por las dificultades que oponía al buen éxito de su emigración la compañía de su hermosa y joven hija á quien de modo alguno podía dejar abandonada, ora por la confianza que le inspiraba el no haber sido perseguido hasta entonces como lo habían sido la mayor parte de los nobles, ello es que el marques permanecía en París. Un aviso secreto dado por uno de sus antiguos compañeros de armas y confirmado después por la lavandera del marques, revelan á este el proyecto de un acta de acusación próxima á entablarse contra él por el mismo Robespierre: en tan inminente peligro el partido que debe tomar no es dudoso. Resolver inmediatamente su fuga, salvar la dote de su hija, proveerse de pasaporte fingido, y mandar traer una berlina que acababa de construir espresamente para él el hijo de su mayordomo, todo es obra de un momento. Pero en el mismo punto en que iba á verificar su partida he aquí que un oficial municipal se presenta en la habitación del marques, y en nombre de la ley le manda darse á prisión. La convención acababa de saber que Savigny se preparaba á emigrar. ¿Quién era el delator? Del secreto de la fuga solo eran depositarios la pobre Luisa, interesada mas que nadie en salvar á su padre, el mayordomo del marques, hombre honrado y fiel á toda prueba, Pascual hijo del mayordomo y el mismo que había construido la berlina en que debía verificarse el viage, y últimamente, Eugenio amante de Luisa. Las sospechas del marques recaen en este. Eugenio era el que le había proporcionado el pasaporte, circunstancia á la verdad bien poco en armonía con la sospecha concebida contra él; pero en cambio era un joven de ideas republicanas y capitán del batallón del Louvre, y por otra parte, acaso el deseo de impedir la ausencia de su amada, unido á la ninguna probabilidad de que el marques consintiera en casar su hija con un simple artista como lo era Eugenio, habrían decidido á este á dar un paso tan pérfido y tan inesperado. Sin embargo de todas estas apariencias de verdad, el marques se equivocaba: su delator no era Eugenio; era Pascual, el hijo de Geran su fiel mayordomo.

Pascual era constructor de coches; pero ni la constante ocupación que le proporcionaba su oficio, ni el considerable dinero que con él ganaba, le bastaban para su subsistencia y la de su esposa é hijo. Pascual era jugador, se hallaba completamente arruinado, y los acreedores le perseguían por todas partes. Tal era su situación cuando el marques de Savigny le envió á pedir la berlina que de antemano le había mandado construir con los secretos oportunos para ocultar en ellos una cantidad considerable en caso de necesidad. Esta cantidad ascendía á seiscientos mil francos en oro, la cual en union con los diamantes de su madre constituían la dote de Luisa. Pascual ayudó al marques á ocultarlos en los secretos, de los que él solo

como constructor de la berlina podía enseñarle los resortes. Fácil es ahora inferir que motivo pudo impulsar á delatar la fuga del marques.

Este mientras tanto, habiendo sido sentenciado á muerte, y aguardaba la hora fatal. Geran su mayordomo, el más honrado de los honrados, no le había desamparado en la desgracia, antes bien, trasladándose á la prisión, se ocupaba en ofrecerle sus últimos consuelos. Savigny, rendido de fatiga, se retira á conciliar el sueño por la última vez, y el mayordomo se queda sumido en la mayor aflicción. Sabe este entonces por una fatal casualidad y por medio de otro preso, que el delator del desventurado Savigny había sido Pascual. ¡Qué horror! ¡qué deshonra! Es preciso que el padre remedie el crimen comenzado á perpetrar por el hijo: los instantes son críticos, la hora ha dado ya, el sentenciado duerme tranquilamente el sueño de los justos. Geran se atavia con el traje del marques, y cuando este es llamado por el carcelero para salir al suplicio, el leal mayordomo se presenta con el uniforme de su amo, y marcha á la guillotina por él. Pascual mientras tanto se presenta en la prisión con objeto de sacar de ella á su padre; y la orden que trae al efecto sirve para la libertad de Savigny, que absorto con tal noticia, y sabedor después del motivo de la equivocación, consiente á ruegos de su hija en abandonar su prisión, toda vez que su permanencia en ella, no puede salvar á Geran, cuya muerte en el patíbulo acaba de anunciar la campana. El hijo del mayordomo, lleno de remordimientos, de desesperación y de infelicidad, se retira á su casa: su mujer le esperaba con la cena, pero le esperaba en compañía de su padre: viendo que no viene le pregunta por él: Pascual se estremece: su esposa sospecha alguna desgracia. Queda por fin el criminal á solas, y cuando se prepara á sacar los seiscientos mil francos de la berlina que se había traído, oye una voz que le llama en el silencio de la noche. Es Aquiles el marido de la lavandera del marques, republicano á la buena de Dios, que viene á pedir un coche con la mayor premura para el capitán Eugenio que de orden de la república va á salir inmediatamente para las fronteras del Rhin con una comisión extraordinaria. Aquiles elige la berlina: en vano le suplica Pascual y trata de oponerse á las órdenes terminantes de la república: la berlina es ocupada, y el delator del marques mira alejarse el tesoro que le ha costado dos crímenes, en el momento mismo en que iba á apoderarse de él. ¿Pero cómo permanecer impasible? Forma el proyecto de seguir la berlina á todo trance: una estrella fatal le arrastra en pos de las riquezas que encierra, y abandonado de su virtuosa mujer y de su inocente hijo, se pone en marcha á pie, azorado y siempre infeliz, siguiendo el carruaje de cuyos tesoros no ha de apoderarse jamás. En efecto, llega á las fronteras del Rhin donde el ejército francés está en guerra con los austriacos: una casualidad hace que Pascual sea sabedor del plan de batalla acordado por la república, y el delator de Savigny, el asesino de su padre, viendo otra vez frustrada su última tentativa para apoderarse de la berlina, determina vender al Austria los secretos del ejército francés relativos á la próxima batalla, con la esperanza de que los austriacos le pagarán tan importante revelación á peso de oro.

El marques de Savigny que á duras penas y merced á la generosidad del buen Aquiles y de la lavandera su mujer, había conseguido llegar disfrazado á las fronteras del Rhin, tiene la desgracia de ver imposible su evasión del territorio francés, necesitando para conseguirla un pase que se le había prometido, y el cual no venia. Su

mal sa
proba
gera
ciudad
ni lee
desde
lle, c
para p
no ha
Poi
ventan
que ol
dó; in
El
deante
sobre
y así
tresuel
tío pre
un sill
na de
pronto
tan de
ta mañ
apenas
setenta
son los
renega
solaces
ventan
orques
pel se
aun lle
do-ron
no le t
monia
de los
talle y
de la
introdu
diestro
que no
dículo
La
de par
posa, r
ro de
piden
las y
dimens
arenga
estrépi
de escri
ven tr
rar la
tales la
El
Brígida
tana y
túnami
á tiem
primo
te es
dicién
Esto se
tante c
cómodi
un bil
cierto
y que,
cio pa
pel de
A
ventan
balcon
los hu
poetas
á los n
miseria
quesa
liza de
los de
santo
to de

perdición es segura, porque el representante del pueblo sabe la permanencia del marqués en el ejército. En situación tan apurada, los austriacos avisados por Pascual acometen al ejército francés por la parte mas flaca. Los franceses sucumben, la república va á perecer. Pero el marqués de Savigny reanima el valor de las tropas, y estas le aclaman por su gefe: la Francia se salva y se lo debe á él. El Representante del pueblo revoca las órdenes de que era portador contra Savigny, y le nombra general de brigada, adjudicándole la berlina, y dándole el título de libertador del país en medio de las aclamaciones del ejército. Entre tanto el miserable Pascual es reconocido por los prisioneros austriacos como autor de la revelación hecha al príncipe Carlos, y es fusilado. Savigny conoce cuan infundadas habían sido sus sospechas contra Eugenio, y le concede la mano de su hija, con los seiscientos mil francos y los diamantes en dote.

Tal es, aunque referido ligeramente, el argumento de este melodrama interesante, y que en nuestro concepto no puede menos de llenar completamente los deseos de los espectadores, tanto por el indisputable mé-

rito de la producción en sí misma, como por el tino con que el traductor lo ha acomodado á nuestro teatro. Escenas bellísimas, situaciones interesantes, caracteres bien sostenidos, dificultades magistralmente vencidas, plan ingenioso y maduramente pensado, interés progresivo y moralidad sobre todo..... tales son las dotes de esta composición dramática. En ella se pinta el crimen como debe presentarlo el teatro. El heroísmo de German no tiene semejante. La esposa de Pascual, aunque personaje accesorio, es la misma virtud. Aquiles es una originalidad en su especie. Su muger la lavandera dá lugar á mil reflexiones morales. El marqués es un patriota. La berlina misma hace su papel en el drama. Si á esto se añade la acertada distribución de los principales papeles entre los actores destinados á desempeñarlos, se acabará de formar una idea de la confianza que nos inspira el éxito de la BERLINA DEL EMIGRADO, á pesar de algunos pequeños lunares que la severidad de la critica no puede menos de perdonar en consideración á las bellezas y á su fin altamente moral.

MADRID: IMPRENTA DE BOIX.